



COLEGIO SAN RAFAEL" I.E.D.
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN DE BOGOTÁ, D. C.

Resoluciones de Aprobación: Primaria 5581- 97 y Bachillerato 4876 de 11-07-01
CÓDIGOS: DANE 11100113173, NIT: 830.064.875-3

Calle 42B Sur No.78 - I - 05, Telefax: 273 4729
JUAN MANUEL GÓMEZ SALAZAR- DOCENTE FILOSOFÍA GRADO 10



sanrafaelfilosofiadecimo@gmail.com

WhatsApp 313 8653848

DESEMPEÑOS:

1. Desarrolla lecturas desde una perspectiva crítica, interpretando textos e imágenes de corte filosófico.
2. Identifica los principales problemas, escuelas y autores de la filosofía medieval.
3. Argumenta sobre problemas de carácter filosófico a partir de referentes teóricos, conceptos e ideas.

- La presente guía se divide en tres unidades.
- Cada unidad tiene un periodo específico de tiempo para su realización que se encuentra en el título de la misma unidad.
- El tiempo para el estudio y la realización de las actividades de cada unidad está entre dos o tres semanas.
- La evaluación y la retroalimentación se realizará los cinco primeros días luego de la fecha límite para la entrega.

TEMA. FILOSOFÍA MEDIEVAL

UNIDAD 1. LA FILOSOFÍA CRISTIANA. Una nueva revolución. Fecha de realización: 6-16 de Julio

UNIDAD 2. LA CIUDAD DE DIOS. El proyecto divino en la historia humana. Fecha de realización: 19-30 de Julio

UNIDAD 3. RAZON Y FE. Un encuentro necesario. Fecha de realización: 2-13 de agosto

UNIDAD 1. LA FILOSOFÍA CRISTIANA. Una nueva revolución. 1. Desarrolla lecturas desde una perspectiva crítica, interpretando textos e imágenes de corte filosófico.

EL PENSAMIENTO CRISTIANO: UNA REVOLUCIÓN

Es conveniente recordar algunos datos históricos para entender los profundos cambios que el Medievo trajo consigo. Así, por ejemplo, cabe ubicar el inicio de la Edad Media con la caída del Imperio Romano de Occidente, lo cual trajo como resultado cambios sociales y políticos que se fueron sucediendo poco a poco. Durante esta época nació y funcionó el sistema social y económico conocido como feudalismo, el cual transformó la organización geopolítica del mundo occidental. Si el Imperio Romano tenía un halo de cosmopolitismo, el feudalismo regionalizó Europa, lo cual se hizo patente con la formación de las lenguas romances, proceso que se inició con la propagación del latín llevada a cabo por el imperio, pero que solo se completó en la vidafeudal europea

No obstante, la multiplicación de lenguas y reinos, la Iglesia logró ser el centro del poder. El cristianismo imperó en toda la Edad Media y permeó todos sus estratos; la Iglesia como institución religiosa y política se solidificó, no sin conflictos, a lo largo de este milenio. Su consolidación planteó problemas prácticos de organización y toma de poder, pero también fuertes polémicas teóricas –filosóficas y teológicas– que dieron forma a las iglesias, tanto católica como protestante, como las conocemos hoy

La doctrina cristiana revolucionó las ideas filosóficas heredadas de los griegos y los romanos, así como las formas de valoración relacionadas con ellas. Toda una nueva ética y moralidad surgieron de una metafísica que planteaba temas tan originales como la creación y la encarnación, que entendía al ser humano como una criatura hecha a imagen y semejanza de Dios. Incluso la actitud epistemológica ante los problemas filosóficos fue problemática durante la Edad Media: la relación entre fe y entendimiento, y el lugar que ocupaba cada uno, fue un tema recurrente en los pensadores que estudiaremos en este bloque.



Un nuevo mapa del mundo se trazó durante la Edad Media, pero no solo un mapa geográfico, sino también epistemológico y moral, que señaló qué regiones del mundo era posible conocer y a cuáles otras solo podíamos llegar por medio de la fe; cuáles eran los terrenos del bien y cuáles los del demonio; e indicó al fin cuál era el lugar del ser humano en la escala de las criaturas. Al estudiar la historia de la filosofía veremos que el problema de Dios ha sido de gran importancia. Si bien hemos tocado el tema de la religión en el pensamiento arcaico, ya es momento de analizar a profundidad la idea de lo divino, así como la época en la cual fue el centro del pensamiento en Occidente.

Paralelo a la crisis del pensamiento helénico podemos ubicar históricamente el ascenso del Imperio Romano y su extensión por buena parte del mundo conocido en ese entonces. El pueblo romano, que se caracterizaba por el uso eficiente de las armas, así como por un sistema legal muy bien estructurado, logró hacerse del poder político en un gran número de poblaciones. Sin embargo, al carecer de un núcleo central de pensamiento fuerte, rápidamente fue víctima de sus excesos y puso en el imaginario colectivo de los individuos un malestar sobre la forma en la que se conducían sus vidas.

Fruto de esta necesidad de encontrar un sentido a lo que parecía un sistema de valores fallido, poco a poco comenzaron a recuperarse ideas venidas de pueblos lejanos que para entonces eran ya territorios colonizados. Entre estos, llaman la

atención los semitas, especialmente un grupo de disidentes judíos que proclamaban el regreso de un Dios único, tan viejo como la historia que, encarnado en la figura de su hijo, prometía la redención tanto del alma como del cuerpo. Este pensamiento tuvo una gran relevancia en la cultura romana, pues a partir de las enseñanzas de Jesucristo fue posible ubicar normas de carácter moral que podían poner un freno a los excesos del imperio y llevar a los seres humanos a instancias moderadas de respeto y paz.

A pesar de que los grupos cristianos fueron perseguidos en un primer momento, eventualmente fueron logrando aceptación, hasta el punto de volverse la religión oficial del Imperio Romano hacia finales del siglo IV.



Una de las concepciones más revolucionarias del pensamiento cristiano de la primera época consistía en cambiar el centro del conocimiento del mundo y apelar a la fe como acción de comprensión de la realidad. Si el pensamiento griego había puesto el acento en la razón para el entendimiento de la naturaleza, el pensamiento cristiano proponía la fe como guía en los asuntos epistemológicos. Habría cosas propias de la divinidad que resultaban imposibles de comprender por vías racionales. Por ello, el ser humano debía tener fe y ejercitárla. Un ejemplo de esto es la encarnación. Dicha idea no pertenecía ni a la tradición judía, ni a la helénica. Para estas era ilógico e incoherente pensar que un dios extraterrenal se convirtiera, por decirlo de algún modo, en un ser humano de carne y hueso. Ahora bien, si hemos leído atentamente, podemos pensar que postular una divinidad o una serie de ellas como justificación del mundo no significa la realización de un ejercicio filosófico serio. De hecho, tender a un Dios es una característica de las sociedades que hemos denominado antes prefilosóficas. Entonces, ¿por qué el pensamiento medieval, cristiano, religioso, se enmarca dentro de los estudios filosóficos? Pues

bien, para los Padres de la Iglesia, los filósofos de la Edad Media, aunque Dios constituye una entidad infinita, ilimitada y eterna, sí puede ser entendido en parte por la razón. Impregnados por el pensamiento griego –hay que recordar que buena parte de la Biblia está escrita en la lengua de Aristóteles– los filósofos cristianos sabían que una característica fundamental del ser humano en tanto que un ser hecho a imagen y semejanza de Dios, era la razón. Por medio de esta podían postular incluso que era un vehículo que, aunque útil, resultaba insuficiente para entender lo ilimitado de la divinidad. Por esta razón, depositaban su esperanza en la fe como forma ampliada de conocimiento del mundo.

Ellos no apuntaban, como más tarde lo harán los filósofos modernos, a tener pruebas sensibles o justificaciones regulares de la existencia de Dios, más bien creían que la misma divinidad había construido puentes de acercamiento, de religión, (del latín religare: volver a ligar) que eran accesibles al ser humano siempre y cuando creyera, es decir, que tuviera fe. Uno de los primeros pensadores cristianos, Tertuliano, fue quien acuñó la frase “Creo porque es absurdo”. En esta frase, lo que puso en entredicho no fue la capacidad de creer sino la razón que forzaba al entendimiento. Si la razón era el único acceso posible a Dios, el ser humano se encontraba en una situación muy vulnerable para su comprensión.

Para el pensamiento cristiano, Dios era un ente incommensurable, infinito, sin límites, indefinido. Todo debía estar inmerso en Dios, por esta causa no bastaba la razón. Se debía creer y depositar en la fe la capacidad de sentir y habitar un ente superior que había construido al mundo de forma ordenada y que en esta misma construcción había diseñado al ser humano como la más perfecta de sus criaturas. El papel de la revelación también es muy importante. Si Dios era este todo en el cual los humanos vivían, la forma en la que podía accederse a él era por medio de la revelación. Dios permanecía para este pensamiento escondido, pero dada su condición ilimitada e infinita, la razón de un ser limitado como lo es el ser humano era inútil, o en todo caso, pequeña. Por esto la fe absoluta era el único medio del que el humano disponía para acercarse a él.

Como podemos observar, la idea de Dios apareció ya con una profunda carga filosófica. Para su construcción, los filósofos echaron mano de argumentos coherentes e incluso de teorías de los pensadores griegos clásicos. Aunque propondrán dogmas y verdades incuestionables, la manera de acercarse a la divinidad, contraria al pensamiento mágico arcaico, será fundada en postulados racionales, lógicos, que han heredado de la tradición filosófica.

El pensamiento cristiano y medieval no se oponía a la razón, muy por el contrario, la aceptaba siempre y cuando se reconociera que era un instrumento limitado, acotado por las propias potencias del ser humano que siempre es limitado, pequeño y sujeto a los designios de Dios. Con esta forma de entender al universo, el pensamiento cristiano cambió radicalmente el eje conceptual con el que se explicaban los fenómenos físicos. Si para los griegos se debía partir de la naturaleza para entender el resto del entorno y sus acciones, para el incipiente pensamiento medieval, Dios será el principio y el fin de toda posible interpretación del mundo. Acceder a Dios entonces, sería la forma adecuada de acceder a la verdad y sus consecuencias.

ACTIVIDADES UNIDAD 1

1. Investiga acerca de la idea de Dios en tres religiones distintas. Describe sus principales características

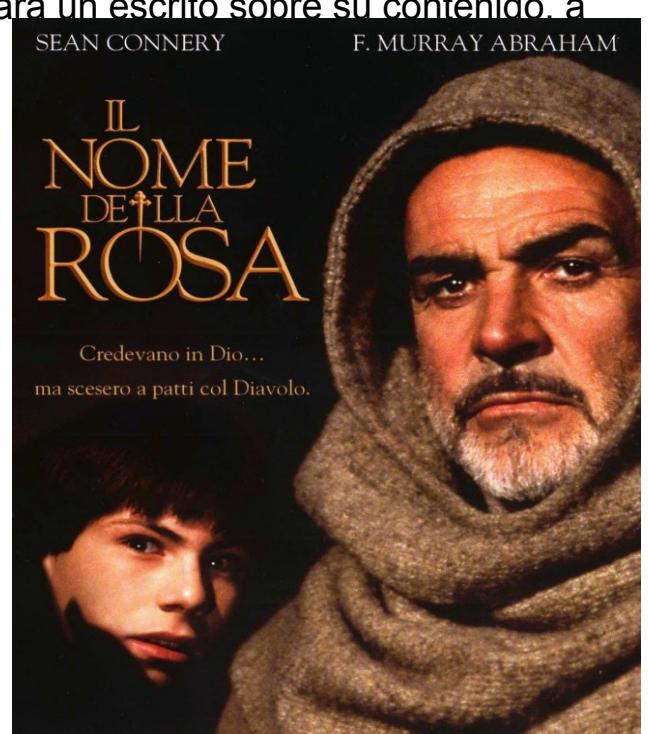
--	--	--

2. ¿Cuál es la diferencia entre el enfoque prefilosófico de la divinidad y el enfoque cristiano?

3. ¿Cuál es la diferencia entre el enfoque prefilosófico de la divinidad y el enfoque cristiano?

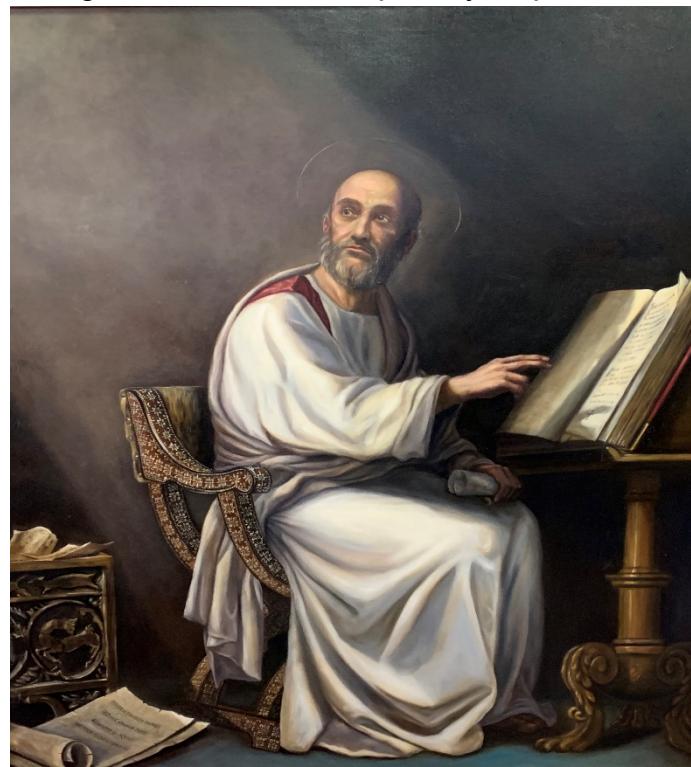
4. ¿Cuál es el papel de la revelación en el pensamiento cristiano?

5. Observar la película “EL NOMBRE DE LA ROSA”. En clase se hará un escrito sobre su contenido, a partir de las preguntas que proponga el docente.



EL PENSAMIENTO DE SAN AGUSTÍN

Cuando hablamos de religión tendemos a pensarla como un dogma, es decir, como una serie de principios y valores que conllevan ritos, rituales y tradiciones que se definen precisamente por su repetición y permanencia. Así pues, la forma de la misa, las oraciones que en ella se rezan, el rosario, pero también las fiestas que organizan nuestro calendario como la Semana Santa, las Posadas o la Navidad, tienen un trasfondo religioso que, lejos de exponerse para su discusión, se nos presenta como un todo acabado al que ingresamos, casi sin darnos cuenta, desde niños, al tiempo que nos adaptamos a la sociedad. Sin embargo, este sistema de creencias y preceptos que compone la religión no es eterno, aunque sus verdades pretendan serlo. La Iglesia –como institución sólida e incuestionable– tuvo que forjar su autoridad y sistematizar su cuerpo de creencias a lo largo de la historia. Lo que hoy se presenta como incuestionable estaba en formación durante la Edad Media.



En el contexto de la decadencia del Imperio Romano de Occidente, el cristianismo y sus ideas tuvieron que buscar espacio en un mundo que no las reconocía como válidas. Conocemos las historias de los primeros mártires cristianos, la persecución de la que fueron objeto y cómo hasta el año 389 fue que se reconoció el cristianismo. Resulta interesante que lo que, a nosotros, personas del siglo XXI nos aparece tradicional e institucional, era en aquel lejano siglo VI d. C., la otra opción de vida, la que se separaba de lo establecido y generaba polémica en los territorios del Imperio.

El cristianismo no siempre tuvo por sabido lo que después enseñó por todo el mundo, hubo un momento de desarrollo de sus ideas y consolidación de su autoridad, en la que la fe cristiana respondía más a una búsqueda que a una imposición dogmática. Justamente en este momento podemos ubicar a san Agustín, uno de los llamados Padres de la Iglesia. Su propia historia nos da una imagen de la situación que el cristianismo vivía.

San Agustín de Hipona nació en la ciudad africana de Tagaste en el año 354 y su madre fue santa Mónica, una cristiana devota. Estudió en Madaura, pero inconforme con las lecciones que allí recibía, se trasladó a Cartago, donde llevó una vida disipada además de estudiar a Cicerón. Tiempo después, se acercó a la secta de los maniqueos, quienes afirmaban que el bien y el mal eran sustancias opuestas. Desilusionado de esta doctrina, volvió a Tagaste donde se convirtió al cristianismo. Llegó a ser obispo de la ciudad de Hipona, en la que murió a los 76 años de edad.

Cabe decir, además, que la figura de san Agustín resulta interesante no solo por sus aportaciones teóricas al cristianismo, sino por la forma misma que tomó la exposición de dichas aportaciones. En las Confesiones, su texto más célebre, san Agustín narró, como si se tratase de un diario, sus andanzas juveniles por las ciudades del imperio, y qué preocupaciones vitales le habían acechado a lo largo de esos años, llevándolo a cambiar constantemente de lugar, pero también de forma de vida y de creencias.

En san Agustín, la vida no parecía estar separada del pensamiento, las preocupaciones filosóficas concernían directamente a sus acciones, como si experimentara en carne propia el resultado de sus investigaciones filosóficas. Además, el pensador tenía una vida lo suficientemente diversa e intensa para cautivar con su narración, que tomaba un matiz histórico, puesto que nos sugería cómo era la vida en aquella primera etapa del cristianismo. Su pensamiento fue lo suficientemente potente como para dar orden a las ideas del cristianismo primitivo, que se había dedicado sobre todo a hacer apologías y demostraciones de su fe. Tal es la importancia de sus planteamientos que podríamos afirmar que sostienen la doctrina cristiana.

A continuación, revisaremos las principales ideas de san Agustín en torno a Dios y al ser humano. Para entender su propuesta teórica conviene poner atención en tres conceptos que el cristianismo trajo consigo:

LA INFINITUD DE DIOS ANTE LA FINITUD DEL SER HUMANO. Podemos decir que se opone la concepción griega, en tanto que para los griegos el infinito era en todo caso aquello a lo que siempre se le podía aumentar algo; es decir, una suma infinita, y por lo tanto no existía en acto sino solamente como potencia. En este sentido, el infinito era indeterminado, puesto que nunca terminaba de hacerse, y quedaba por ello, siempre abierto. En cambio, con el cristianismo viene la idea del infinito como la totalidad, como aquello que contiene, por así decirlo, todo lo posible en acto. Este infinito es Dios. La creación. Es entendida como creación absoluta, es decir, no como ordenamiento de elementos previamente existentes, sino como poner algo que no estaba. Dios es creador y el mundo que vemos es un mundo de criaturas.

EL “SER” DEL SER HUMANO COMO IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS. El ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, de ahí que le sea propia cierta participación de lo divino, que suele ubicarse en el alma, concebida como eterna. Las aristas de estas ideas y el sentido en que se las comprende, es fuente de muchas y muy profundas discusiones y polémicas medievales. Ahora nos concretaremos a exponer cómo es que Agustín las retomó y las entendió, en el desarrollo de su pensamiento.

LA EXISTENCIA DE DIOS. Para san Agustín existían dos experiencias vitales que llevan del mundo a Dios, cabe hacer la acotación de que no se trata precisamente de pruebas, sino de la exposición del rumbo que toma una creencia, si bien esa misma experiencia puede ser argumentada (y lo será por pensadores posteriores) y constituir una prueba. Decía san Agustín que, al mirar al mundo, la apariencia que nos presenta, vemos que todas las cosas, en tanto que criaturas, nos remiten a un creador. Como si solo aparecer implicara la existencia de algo que las hiciera aparecer. El mundo creado me remite al ser que lo creó. Como vemos, esta concepción parte ya de una idea instaurada por el cristianismo: lo que vemos está creado, es un mundo de criaturas, y el creador es Dios.

EL ALMA HUMANA. Si la inspeccionamos veremos que en ella encontramos verdades absolutas, que siendo el ser humano finito y limitado, no pueden venirle de sí mismo, así pues, han debido venir de Dios que es infinito y absoluto. De aquí mismo proviene también la creencia en la inmortalidad del alma, pues si ella es capaz de conocimiento de verdades eternas, debe haber en ella algo que sea igualmente eterno y por tanto inmortal. Así llegamos de nosotros mismos, a través de la inspección del alma, a la existencia de Dios. Una vez más, Dios se revela a través de sus criaturas, y de manera privilegiada en el ser humano, que, hecho a su imagen y semejanza, comparte la inmortalidad del infinito.

LA RELACIÓN ENTRE RAZÓN Y FE. El pensador contaba en las Confesiones que su deseo intelectual lo llevó a hacer un recorrido arduo por varias concepciones filosóficas y doctrinas religiosas, hasta llegar al cristianismo. Su espíritu crítico le impedía aceptar dogmáticamente aquello que no le parecía cierto, al punto de pasar por un momento de franco escepticismo. San Agustín no era un hombre al que la fe le haya llegado de modo sencillo, no era un místico, sino un filósofo con un largo camino racional andado. En este contexto debemos aceptar la afirmación de que para entender hay que creer, que sintetiza la concepción agustiniana entre fe y razón. Si bien la fe es previa al entendimiento, ello no quita a la razón su papel en la comprensión de las verdades reveladas, pero para poner en marcha esa comprensión racional es necesario que antes se tenga fe.

LA PARTICIPACIÓN HUMANA EN EL PROYECTO HISTÓRICO. Aquí entran en juego dos conceptos de suma importancia, el de salvación y el de historia. Para el cristianismo, el sentido de la historia tanto de cada ser humano, como de la humanidad en su conjunto, es encontrar la salvación, de modo que la vida humana o la historia de los seres humanos puede verse como el recorrido hacia dicha salvación, que puede o no tener éxito. De esta forma, el desenvolvimiento de los hechos no es neutral, estos pueden ser juzgados de acuerdo con su contribución a dicha salvación. Así como en la vida de cada ser humano se juega su propia salvación, en la historia de la humanidad se juega la salvación como proyecto histórico. La idea de salvación, como proyecto histórico, se encuentra expresada en La Ciudad de Dios, texto en el que muchos intérpretes encuentran la primera filosofía de la historia, por cuanto busca un sentido en la sucesión de los hechos del mundo. El sentido es precisamente la búsqueda de la salvación, que se juega en la elección entre dos ciudades:

- La ciudad terrestre, caracterizada por el amor a sí misma.
- La ciudad celeste, fundada en el amor a Dios y que simboliza por supuesto la posibilidad de salvación, que se realiza o se pierde con la elección de cada individuo, de ahí que el ser humano participe en la salvación como proyecto histórico.

La participación de cada individuo en el proyecto histórico de la humanidad nos pone ante la idea de comunidad cristiana, que hace hermanos de los seres humanos, estableciendo una igualdad espiritual fundada en la idea de que todos son hijos de Dios.

EL INTERIORISMO ANTROPOLOGICO. Ya hemos dicho que para san Agustín el alma era un lugar privilegiado en el que Dios se revelaba, por cuanto participaba de su eternidad. De ahí la importancia del ejercicio introspectivo que él mismo llevaba a cabo en el texto de Confesiones. La confesión es de hecho, uno de los ritos que la Iglesia mantiene hasta nuestros días. Pero, ¿qué es necesario para que podamos ir a nuestro interior? Sin duda, que existe tal espacio interior. Hoy en día es sencillo dar por sentado que existe un mundo interno, de modo que podemos pensar "para nuestros adentros", sin que nadie más lo sepa, pues la principal característica de la interioridad es que solo yo tengo acceso a ella, es decir, que existe un acceso privilegiado a mi alma, espíritu, mente o como nombremos este espacio interior. De hecho, la confesión cristiana es necesaria porque el sacerdote no sabe qué es lo que hay en mi alma, cuáles son las acciones que he llevado a cabo y cuáles han sido mis intenciones. Es precisamente en este espacio interior en el que se ha ubicado a través de los tiempos la libertad humana, puesto que es un lugar que no puede ser invadido por nadie; conocerlo y entrar en él, solamente es posible para el individuo.

Pues bien, este tratamiento del alma como espacio interior, lo encontramos formulado como tal, por vez primera, en san Agustín. Y lo que lo caracteriza esencialmente es el tiempo. Para el santo, el tiempo no era una cosa exterior, sino una forma de percibir, algo que se vive; el tiempo tiene realidad en el alma humana. Prueba de ello es que, si intentamos definirlo objetivamente, acudiendo a sus tres momentos: pasado, presente y futuro, caemos en la cuenta de que el pasado es lo que ya no es, el futuro es lo que aún no es, y el presente se fuga en instantes inapresables. De modo que el tiempo parece diluirse en la irreabilidad. No obstante, la vida se da en el tiempo y es innegable su realidad. De modo que el tiempo tendrá que ser algo que resida en la propia alma. Así, si observamos lo que sucede en nuestro interior, vemos que la constante de los tres tiempos es que siempre son presentes para nosotros, de modo que podemos decir que:

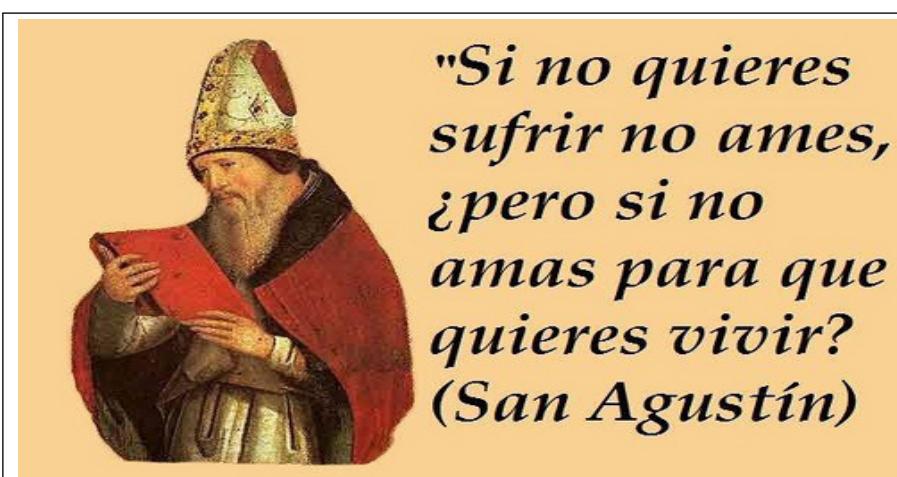
- La memoria es un presente del pasado.
- La previsión o la espera, un presente del futuro.
- La atención, el presente mismo.

San Agustín definirá el tiempo como tiempo vivido, como distensión del alma. El interiorismo antropológico entonces, afirma un espacio interior llamado alma, que participa de la eternidad de Dios, y que se define en relación con el tiempo.

ACTIVIDADES UNIDAD 2

1. Consulte qué significado tiene el alma para la filosofía, la religión y la ciencia. Desarrolle una síntesis de cada definición en la siguiente tabla

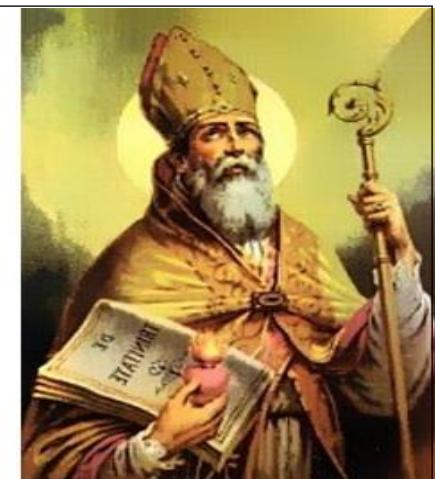
FILOSOFÍA	RELIGIÓN	CIENCIA



Reza como si todo dependiera de Dios. Trabaja como si todo dependiera de ti.

—San Agustín.

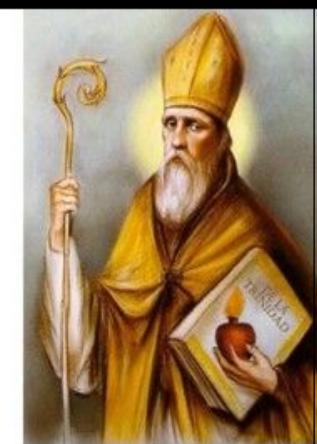
www.frasess.net



“Acuérdate del necesitado, pues también tú lo eres; acuérdate del pobre, pues también tu lo eres; por mucho que nades en riquezas, estas vestido con trapos de carne”

San Agustín

San Agustín
«Decís vosotros que los tiempos son malos, sed vosotros mejores y los tiempos serán mejores: vosotros sois el tiempo».



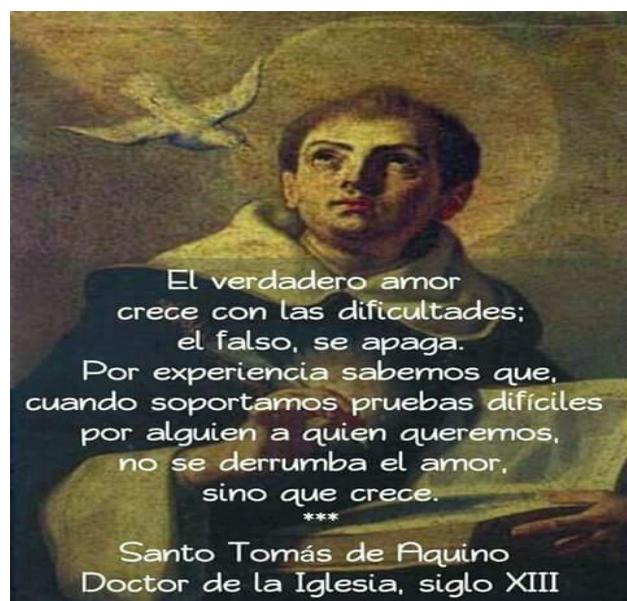
@SantosIglesia

Utilizando toda la creatividad, elabore un escrito donde integre el significado de las cuatro frases de las imágenes.

2. Elabore un esquema o tabla, en donde exponga las relaciones que hay entre la filosofía de Platón y la filosofía de San Agustín.

UNIDAD 3. LA RAZÓN Y LA FE. Un encuentro necesario. 3. Argumenta sobre problemas de carácter filosófico a partir de referentes teóricos, conceptos e ideas

LA RAZÓN Y LA FE: EL PENSAMIENTO DE SANTO TOMÁS



Gran parte de la temática de la filosofía medieval tiene que ver con el problema entre la razón y la fe, su aparente incompatibilidad, sobre todo cuando en el mundo occidental se empezó a desarrollar la ciencia y se lograron importantes descubrimientos. Es en este contexto, con el deseo de mostrar la racionalidad de la fe, su sustento, en el que santo Tomás sistematizó la doctrina cristiana bajo la influencia de la filosofía aristotélica introducida a Europa por filósofos árabes como Avicena y Averroes. Observemos cómo y en qué sentido la creencia religiosa se puede desarrollar de manera sistemática y racional

Santo Tomás de Aquino nació en Roccasecca, Italia, a finales de 1224 y murió en 1274. Este teólogo y filósofo aristotélico perteneciente a la Orden de Predicadores, conocido también como “Doctor Angélico”, fue uno de los más importantes representantes de la llamada filosofía escolástica. La Iglesia lo reconoció como santo. El pensamiento tomista –filosofía y teología– no se explica sin algunos factores históricos y teóricos: su aristotelismo –es decir, su marcada influencia por la filosofía de Aristóteles–, y su momento histórico, marcado por el deseo de unificar y sistematizar la doctrina cristiana expuesta a diversas

interpretaciones y prácticas en ese tiempo (siglo xiii).

En Tomás de Aquino encontró la Iglesia Católica Romana al teólogo sobre el cual edificar su fe y tomar postura con respecto a los grandes temas teológicos de la cristiandad:

- La naturaleza de la trinidad divina.

- La naturaleza encarnada de Cristo.
 - La existencia de Dios.
 - El modo en el que el ser humano se pone en relación con Él.
 - Los distintos mundos (submundos y supramundos como el infierno, el purgatorio y el cielo), etc.

Como Aristóteles, y a diferencia de Platón y los neoplatónicos como Agustín, Tomás de Aquino asumió el mundo como único punto de partida posible de argumentación y fe. Es decir, es en el mundo donde se debía encontrar a Dios, ya por su ausencia, ya por su referencia, ya por su estructura, la del mundo. Recordemos que, en el bloque anterior al estudiar brevemente la física aristotélica, destacamos que parte de la crítica de Aristóteles a Platón consistía en mostrar que la causa era inmanente al ente y que la idea (forma) estaba, de alguna manera, en la cosa (ente). De la misma manera, Tomás de Aquino consideraba al mundo, pero, y esto debe quedar muy claro, no consideraba causa a Dios, sino principio. La naturaleza era para de Aquino un sistema de relaciones con generalidades y patrones que podían descubrirse y llamarse leyes. La naturaleza funcionaba bajo el principio de causalidad (causa-efecto): causas materiales, causas formales, finales y eficientes de las cosas. Pero el principio tenía el rango de lo trascendente, es decir, de aquello que supera la naturaleza, aquello que la sustenta y soporta, que le da sentido y permite que todas sus relaciones se lleven a cabo. En sentido estricto, para Tomás de Aquino, Dios estaba más allá de los alcances humanos, de la razón humana. Dios era el Absoluto, y en este sentido, un ente más allá de cualquier relación, de cualquier condición. Esto era muy importante para Tomás, ya que varias corrientes medievales como el misticismo creían encontrar a Dios en ciertas experiencias privilegiadas, en el éxtasis o en la pasión.

Tomás de Aquino era consciente de que el cristiano practicante necesitaba establecer una relación con Dios. Lo que él quería precisar era la naturaleza divina, su esencia. Para ello, Tomás de Aquino desarrolló lo que se ha dado en llamar teología negativa: nosotros solo podemos saber lo que Dios no es, y esto a causa de nuestra naturaleza limitada y finita y de la naturaleza perfecta de Dios. Sin embargo, hay un procedimiento técnico por medio del cual podemos saber de Dios: la analogía, es decir, una comparación que nos permite ascender a lo que es Dios por medio de algo que se refiere a él.

Dicho procedimiento consistía en tres pasos: la posición, la negación y la sublimación. Es decir, ubicar el objeto de la analogía; después negar que el objeto tenga en grado sumo el predicado atribuido y, por último, afirmarlo como parte de la esencia divina debido a su perfección; por ejemplo, los términos “bondad”, “verdad”, “sabiduría” y “unidad”. El término “bueno” se predica de muchas maneras y en muchos sentidos a diversos agentes, pero no decimos en el mismo sentido y de la misma manera que “Dios es bueno” y que “Arturo es bueno”. En Dios, el adjetivo “bueno” se convierte en sustancia y no se “integra” al sujeto como en el caso de la proposición “Arturo es bueno”. Dios es la bondad por esencia y ella no es distinta de los demás atributos de la sustancia divina. Y esto mismo le sucede a los demás términos mencionados: “sabiduría”, “unidad” y “verdad”. Ahora, en lo que se refería a la existencia de Dios, Tomás de Aquino desarrolló “cinco vías” para probarla:

ACTIVIDADES UNIDAD 3

Observar el siguiente video sobre las cinco vías en Santo Tomás. Luego explicar en sus propias palabras cada uno de ellas según lo comprendido. <https://www.youtube.com/watch?v=484jBFZnStU>

1. VIA:

2. VIA:

3. VIA:

4. VIA:

5. VIA:

6. Elabore un esquema o tabla, en donde exponga las relaciones que hay entre la filosofía de Aristóteles y la filosofía de Santo Tomás.